

El Desterrado

Camara Alonso Agudo

Nunca había visto aquel lugar, y sin embargo lo conocía. Nunca había estado en aquella villa, pero supo recorrer sus calles dejándose guiar por su instinto hasta encontrar lo que buscaba. Pero, ¿qué buscaba? No lo sabía. Ni siquiera sabía qué hacía allí ni cómo había llegado hasta aquel pequeño pueblo perdido en el monte, sin apenas luz que iluminase las calles en la inmensidad de la noche. Los adoquines reflejaban el brillo mortecino de una farola que se erguía a lo lejos, y al ver la luz lo recordó. Se llamaba Adriel. Era extraño, pero no recordaba nada más de sí mismo. Aunque pensó que debía tener grandes conocimientos del mundo, porque al mirar las estrellas supo situar cada constelación y el nombre de cada uno de los astros que relucían en el firmamento, pero aquello le producía un gran dolor. El simple hecho de fijar la vista en la hermosa luna lo llenaba de una agonía más allá de lo soportable, como si su alma, débil y cansada, se rompiera en mil pedazos punzantes. Bajó la mirada al suelo, y al ver su sombra se dio cuenta de que le faltaba algo. Sus alas. Era un ángel.

El eco de sus pasos resonaba en las calles desiertas. El pueblo entero dormía. Adriel siguió el camino que marcaban sus pies, sumergiéndose en una bruma espesa. Los jirones de niebla se enredaban en sus tobillos, pero no lograban sujetarlo a la tierra del jardín donde se había internado, inconsciente de haberlo hecho. Siguió el camino de piedra que serpenteaba a través de aquel jardín extraño y siniestro, donde flores secas brotaban sobre lisas superficies de mármol, en cuyos extremos crecían más mármoles brillantes grabados con nombres y fechas. Adriel pensó que tal vez, y solo tal vez, aquello no fuera un jardín.

Nunca antes había estado en la Tierra y no sabía de sus costumbres ni de sus ritos, pero aquel jardín no se parecía en nada al del Paraíso Celestial donde se reunían todos los ángeles ante la llamada del Ángel Supremo. El jardín al que estaba acostumbrado tenía fuentes de estatuas prodigiosas, arroyos de aguas cristalinas, infinitas flores delicadas y de todos los colores imaginables, arbustos de formas caprichosas... Todo lo perfecto que pudiera llegar a ser un jardín, aquél, lo era.

Lo echaba tanto de menos... Pero, por bonito que fuera, ese no era el lugar al que ansiaba volver. Su hogar se hallaba más cerca aún, en los niveos palacios de la Luna. Volvió a alzar la vista al cielo por segunda vez aquella noche, y al mirar hacia ella, la Luna, hacia el lugar que no ha mucho había sido su morada, casi le pareció ver a su séquito de ángeles pululando alrededor de las esbeltas torres. Sus alas emplumadas se moverían elegantemente en el vuelo y sus cabelleras caerían con gracia sobre los vestidos de hilo de plata. ¿Por qué no estaba allí? ¿Por qué se le había arrebatado de forma tan cruel todo lo que tenía, incluso lo que era? Adriel todavía no tenía respuesta para ello. No lo recordaba.

Al llegar al mausoleo sintió con más fuerza aún aquel instinto que lo había guiado, lo instó a entrar. Necesitaba adentrarse en aquel siniestro edificio. Casi podía oír la llamada...

El candado que cerraba la puerta estaba roto y oxidado hasta más no poder, por lo que solo tuvo que empujar para que cediera y revelase ante sí el misterio de aquel sepulcro abovedado. Una luz cegadora, blanca y pura, hirió sus pupilas. Era la luz de sus alas. Tras unos instantes en los que sus ojos, ahora imperfectos, se acostumbraron a aquella luz, Adriel pudo ver que el brillo se desvanecía. Sus alas estaban muriendo. Necesitaba ayuda para volver a implantárselas o acabarían apagándose del todo y, desprovistas de toda luz, se tornarían negras, muertas. No podría soportarlo.

Y todo esto era culpa del Ángel Supremo. Él, que se creía con derecho a dirigir las vidas de todos los ángeles, a juzgarlos, a mangonearlos, a hacer con ellos lo que le viniera en gana y, si dejaban de serle útiles, a deshacerse de ellos. Eso era lo que le había pasado a él. Sí, él quería una conciencia, y los ángeles con conciencia no le servían a su Señor. Lo recordó tan vívidamente como si lo tuviese de nuevo ante él: alto y erguido, arrogante, poderoso, el Señor había intentado convencerlo de que sus pensamientos eran un peligro para el Coro, que estaba mal querer tener una conciencia. Pero Adriel no se dejó amedrentar y lo miró, desafiante, el Señor había perdido su respeto. Y Él, confuso porque aquello le hubiese pasado de nuevo, porque uno de los suyos, creado únicamente para obedecer, para ser su siervo, se hubiese vuelto contra él, había montado en cólera. Le arrancó las alas, lo convirtió en un Ángel Desnaturalizado, y lo expulsó del Paraíso.

Una voz lo sacó de sus pensamientos. Era una voz suave, de mujer.

-Ah, estás aquí, Adriel. Luzbel te está esperando.

Unos ojos infinitos lo miraban fijamente desde el otro lado de la mesa. Aunque el cansancio marcaba sus facciones su excepcional belleza era aún obvia, ahora entendía a lo que se referían los demás cuando hablaban de él. Adriel no lo había conocido, aún no existía cuando Luzbel se reveló contra el Señor, pero los rumores se habían quedado cortos. Contemplar su rostro era mejor que vivir en un sueño, aunque hubiera intentado imaginar la mejor de las descripciones sobre él, no hubiera llegado ni a un atisbo de la verdadera belleza que poseía aquel ángel. Y en ese momento Adriel sintió pena por él, porque jamás podría contemplar tan extraordinaria hermosura en ningún otro rostro que no fuera el suyo. Y es que la belleza está concebida para admirarla, no para poseerla. Sin embargo, no había seguido a Lilith hasta aquella casa solo para admirar a Luzbel, había ido allí para hablar con él.

El aroma del café subía delicadamente concentrado en el vaho que desprendían las tazas, mezclándose en una sintonía perfecta con las notas de jazz que salían del

tocadiscos. Cuando Adriel entró en la casa se había encontrado a Luzbel sentado ya a la mesa, recostado hacia atrás, con los ojos cerrados y tarareando la canción que sonaba en aquel momento. Nadie diría que aquel era el fundador del Infierno.

-Tienes suerte, no todos consiguen recuperar sus alas a tiempo. Muchos las han visto morir ante sus ojos, otros ni siquiera han conseguido encontrarlas. Yo mismo tuve problemas con las mías, pero las tuyas estaban en perfectas condiciones cuando las encontraste –Adriel se removió, incómodo, en la silla-. No te preocupes, no tardará en curarse. Y ahora, Adriel, me gustaría saber por qué te ha desterrado a ti. No sé lo que te habrán contado, pero no acepto a cualquier Ángel Desnaturalizado en el Infierno –Sus tres pares de alas se movían al compás de la música, en un vaivén hipnotizador.

-Quise una conciencia, Él se enfadó y me echó. No hay más que contar –A Adriel le ponía nervioso la forma en la que Luzbel mantenía sus ojos plateados fijos en los suyos, de color violeta.

-Oh, pero seguro que hay más. Uno no siente de un día para otro la necesidad de tener conciencia. Eso no pasa de la noche a la mañana, ¿cómo te ocurrió a ti? –En su rostro había curiosidad, pero también tristeza. ¿Sabría, acaso, del dolor que sentía Adriel? ¿Lo habría sentido él también?

-Los humanos tienen conciencia. La mayoría no la utilizan, pero la tienen. Tienen la elección de poder diferenciar por sí mismos lo que ellos creen que son el Bien y el Mal, o pueden no creer en la existencia de ninguna de las dos formas. Y pueden actuar en consecuencia. Al principio era simplemente un pensamiento, pero luego se convirtió en un sentimiento. Intenté taparlo porque tenía miedo, pero Él lo descubrió, ¿cómo no iba a hacerlo? Y me preguntó por él. Me preguntó qué significaba aquello, por qué tenía un sentimiento si se suponía que no debía tenerlo. Había desobedecido sus órdenes, así que me castigó. Solo un poco, para que aprendiera, intentó hacerme creer que estaba mal, que no era lo correcto. Ahí fue cuando ya no me pude seguir engañando más, me di cuenta de que el Señor es cruel y manipulador, sin escrúpulos. Él ha matado su conciencia. Ya no tenía ningún respeto por Él, así que le exigí una conciencia y, bueno, no le sentó nada bien. Me sorprendió que la ira se reflejara tanto sus ojos, aún con el concepto que yo tenía de ÉL, no me lo esperaba. Me arrancó las alas, me desnaturalizó y me expulsó –Le había costado recordarlo, pero al fin sabía toda su historia al completo, y ahora dolía más.

Luzbel esbozó una sonrisa triste, la mirada nublada, perdida en algún lugar de un horizonte que solo podía divisar en su mente, imposible de ver en el interior de aquella casa. El suave suspiro de Lilith se desvaneció en el aire, si Adriel no hubiese estado absorto contemplando cada gesto de Luzbel, se habría dado cuenta de que una única lágrima rodaba por su arrebolada mejilla. Su mano se llevó la solitaria gota salada, cargada sin embargo de amargura. No importaba cuantas veces hubiera presenciado aquel tipo de confesiones, nunca se acostumbraba a ver el dolor en su rostro, en sus ojos, en cada movimiento de aquellos tristes ángeles, y la rabia bullía en su interior hasta que salía, muchas veces, en forma de lágrimas.

-¿Sabes qué es lo que más irrita al Señor? No es que tú le desobedezcas, ni que te pongas en su contra cuando no deberías. Lo que más le molesta no es que sea falible, sino que no lo necesites para tener lo que quieres. Cuando tú le estabas pidiendo una conciencia, era en vano, porque tú ya la tenías. Ya había nacido en ti, solo tenías que desarrollarla. Pero para eso hay que salir de ese antro. Así que, lo creas o no, el Señor te ha hecho un favor, aún sin saberlo –Los blancos cabellos del Fundador del Infierno se balancearon cuando este se inclinó para beber un sorbo de café-. Por muy interesante que seas, Adriel, creo que ha llegado el momento de dejar de hablar de ti. Lilith, ¿quieres hacerlo tú?

La mujer asintió y comenzó a relatarle a Adriel cómo había muchos otros ángeles que habían pasado por lo mismo que él, y que ahora tenían un lugar en el Infierno. Sin embargo había otros que habían sido expulsados por distintas razones, y aquellos, también crueles como el mismo Señor, vivían a sus anchas en la Tierra, mezclados entre los humanos, ocultando sus alas. El Infierno, mientras tomaba fuerzas, se dedicaba a combatir a los ángeles terrestres más peligrosos, aquellos que amenazaban con romper la paz de los pueblos.

-Así, Adriel, sabiendo lo que sabes, con tus alas recuperadas y con tu nueva conciencia en plenas facultades, ¿deseas unirse a nosotros para luchar por la justicia y preservar el Infierno como hogar de la libertad?

La escalera que bajaba hasta el infierno se desplegaba ante Adriel, hundiéndose en lo que parecían las profundidades de la Tierra, pero el ángel sabía que no era así. El Infierno ni siquiera estaba cerca del planeta azul. Estaba a una distancia incalculable, no porque estuviera lejos, sino porque era un espacio creado totalmente de la Nada, y como tal, no tenía un lugar concreto desde donde medirse.

Los escalones, iluminados con una mortecina luz anaranjada, se extendían hacia un infinito cada vez más brillante, como si el destino final de la escalera fuera el centro del mismo Sol. Sin embargo, Adriel había rechazado la propuesta de Luzbel y Lilith. No quería ir al Infierno con la eterna esperanza de volver algún día a sus Palacios de la Luna, pero sin hacer nada para conseguirlo. Se sintió honrado por el ofrecimiento, y expresó varias veces su admiración por lo que hacían con respecto a la Tierra, pero no podía aceptar esa vida.

Luzbel, con los ojos cansados y las alas tristes, suspiró hondamente ante su respuesta. Lilith no cesaba de lamentarse, Adriel le había caído bien. Justo en el último momento antes de desaparecer bajo el suelo de aquella casa, se giró.

-¿Qué vas a hacer? ¿Te quedarás en la Tierra? –Preguntó Lilith con intriga.

-No. Volveré para recuperar el lugar que me corresponde. Los Palacios de la Luna son mi hogar, y si he de perecer lo haré con mi espada en la mano, luchando por retornar al lugar al que pertenezco –Dijo Adriel con el rostro tranquilo y un extraño brillo en sus ojos.

Lilith asintió para perderse en los abismos del Infierno un momento después. Adriel la miró casi con nostalgia, sabía que era prácticamente imposible volver a verla. De hecho no creía que volviera a ver a nadie, porque era muy posible que no saliera con vida de allí. Y así, sin más que su espada angelical y su valor, alzó el vuelo rumbo a los Palacios de la Luna.

Al llegar encontró las puertas cerradas y guardadas por dos ángeles menores. Se identificó como el señor de los Palacios, pero ambos sabían que había sido desterrado y se negaron a abrir por las buenas. Adriel desenvainó la espada como advertencia... y los ángeles rieron. Ni siquiera lo vieron venir, y sus carcajadas murieron al mismo tiempo que la luz de sus ojos. La sangre plateada de los ángeles manchó su hasta ahora impoluta túnica a la vez que dos lágrimas mancharon sus límpidas mejillas, y la puerta se abrió. Ante sí se encontraba su hogar, convertido en un eslabón más de la cadena que ataba a la esclavitud a todas las almas malditas y engañadas que recolectaba el Señor. Era repulsivo. La llama de la ira se inflamó aún más en su interior, y gritó. Gritó su nombre y maldijo mil veces el del Señor, que había corrompido el único lugar que le era amado. Multitud de ángeles se le vinieron encima, y solo pidió que su brazo no le fallara, no todavía. Antes de morir quería al menos poder mirar a la cara una vez al Señor, y que viera con sus propios ojos que no le quedaba mucho tiempo a su reinado de manipulación, que había más como él y que no se detendrían hasta derrotarlo.

Siguió derramando la sangre de los que antes habían sido sus hermanos, pero que ya no lo recordaban como tal. Se enfrentaban a él con el odio y el miedo reflejado en sus rostros perfectos. Adriel se preguntó qué era lo que temían, ¿a su espada o a lo que se había convertido? Ellos no se lo dijeron, y él tampoco preguntó, solo siguió luchando. Entre todos los gritos escuchó uno más alto que los demás: “¡Llamad al Señor!” Tenía que aguantar, ahora más que nunca tenía que aguantar hasta tenerlo frente a frente. Sabía que no era rival para Él, pero no le importaba morir si él marcaba las circunstancias.

Al momento, un resplandor casi cegador apareció en el umbral de la puerta. El Señor había llegado, y tras él todo un ejército de ángeles. Le gustaba hacer las cosas a lo grande, solía decir que si algo no era lo suficientemente épico, no era digno de recordar. Bien, si quería que aquello fuese recordado, lo sería. Adriel besó la empuñadura ensangrentada de su espada, cerró los ojos, inspiró, espiró, y los abrió.

Los ángeles se apartaron del camino del Señor, ninguno deseaba interponerse entre Él y Adriel. Con una sonrisa perfecta, el Señor desenvainó su espada. Paraba los furiosos ataques de Adriel sin ningún esfuerzo, parecía que ni siquiera le estaba prestando atención, pero pronto se cansó de ignorarlo y, aunque siguió sin atacar, con cada nuevo intento de Adriel de herirlo sonaba una fría carcajada. Se estaba burlando de él.

-Puede que yo no sea rival para ti –dijo Adriel casi sin respiración-. Pero soy mejor que tú. Y no soy el único... te queda poco tiempo. Disfruta de tu cadena de esclavos mientras puedas, porque no durará para siempre. Tienes los días contados.

Entonces Adriel hizo algo que nadie, jamás, se había atrevido a hacer. Muchos antes se habían enfrentado al Señor, otros tantos lo habían cuestionado, y no era el primero en amenazarlo con una espada angelical, pero nunca nadie había pronunciado su verdadero nombre.

Pareció que el silencio había engullido a todo el universo, y que el tiempo mismo se había detenido. La ira con que el Señor golpeó a Adriel fue suficiente para tirarlo al suelo, la marca del puño no tardó en aparecer en su mandíbula rota y desfigurada. Y allí tirado fue donde recibió el beso frío del acero. El Señor sabía lo que se hacía, no quería que muriese inmediatamente. No. Quería que sufriera. Quería que agonizase tanto tiempo como fuera posible. Que el dolor se prolongase hasta que la vida abandonara su inútil cuerpo. Pero Adriel pensó que había valido la pena porque, aunque solo fuera por un instante, había podido ver en los ojos del Señor algo que nunca habría creído posible: miedo.

Y con buenas razones, porque un momento después, Luzbel y el Ejército del Infierno entraban por las puertas de los Palacios. El bello ángel portaba el cetro de poder del Señor, pues habían conquistado el Paraíso Celestial. No pudo evitar esbozar una media sonrisa al ver su cara. Pero esta se congeló en su rostro cuando descubrió el cuerpo ensangrentado que había a sus pies, comprobó aliviado que aún se movía, tal vez no fuese el fin de Adriel después de todo, pero tendría que darse prisa.

No intercambiaron palabras, solo rompía el silencio el entrecocar de las espadas, el ruido del acero contra el acero. ¿Qué voluntad se quebraría primero? ¿Qué brazo sería el más certero? ¿Qué pie sería el más rápido? Apenas se veía un borrón que iba de un lado a otro, reflejos metálicos por todas partes y, repentinamente, un chorro plateado interrumpió el baile. La cabeza del Señor cayó al suelo, y tras ella, su cuerpo. Luzbel la miró desde arriba. Se agachó despacio, acercando su mano a la cara del cadáver, y le cerró los ojos.

Se apresuró a buscar a Adriel, y lo encontró exactamente donde lo había visto nada más entrar. Pero ya no se movía. Sabía que no había nada que hacer, pero no quería creerlo. Intentó tomar un pulso que no existía, intentó utilizar el cetro de poder para revivirlo, intentó sin éxito que Adriel volviera a abrir los ojos. Era demasiado tarde. El ángel al que le debía la victoria había abrazado la muerte eterna, y ya nada podía

cambiarlo. Lilith apareció de repente a su lado, instándolo a levantarse, a recomponerse. Apretó fuertemente su mano y asintió a la mirada de Samael, que murmuraba un lo siento sin hablar.

Los ángeles fieles parecían estar confusos, como si acabasen de despertar de un sueño profundo tan largo como la vida misma. Sus ojos no enfocaban correctamente y contemplaban la escena envuelta en una bruma inexistente. Uno de ellos pareció recomponerse con facilidad de este estado, pues avanzó a través de la multitud hasta llegar a la altura del cadáver, donde Luzbel seguía arrodillado. El ángel fiel ocupó un lugar a su lado, inclinó su cabeza sobre el cuerpo muerto de Adriel, y depositó un beso en su frente. Era Asaliah, Adriel y él habían sido compañeros desde su creación, y aún así Asaliah había estado dispuesto a luchar contra él cuando vino a reclamar lo que era suyo. Solo el azar había impedido que sus espadas se cruzasen. Fue entonces cuando se dio cuenta –casi al mismo tiempo que el resto de los fieles– de que, finalmente, la venda había caído de sus ojos, y que la muerte del Señor había traído justicia al Paraíso Celestial.

Aquella misma noche, en el banquete de la Victoria, Luzbel destruyó el cetro de poder, símbolo de una tiranía que había durado una eternidad demasiado larga. Y comenzó en el Paraíso Celestial una nueva era, donde no había un solo ángel que sometiera al resto a su voluntad.

FIN